



**Reseña de: *Anacreón castellano*, de Francisco de Quevedo, edición crítica y anotada de Elena Gallego Moya y J. David Castro de Castro, A Coruña, SIELAE, 2018. ISBN 978-84-09-07700-7, 561 páginas.**

Adrián Izquierdo  
Baruch College, The City University of New York (Estados Unidos)  
Adrian.Izquierdo@baruch.cuny.edu

JANUS 9 (2020)

Fecha recepción: 18/04/20, Fecha de publicación: 20/04/20

<URL: <https://www.janusdigital.es/articulo.htm?id=141>>

**Resumen**

Se realiza una reseña de la edición crítica y anotada del *Anacreón castellano*, de Francisco de Quevedo, publicada por el SIELAE (2018).

**Palabras clave**

Francisco de Quevedo; Anacreón; poesía griega; traducción humanística, Literatura española Siglo de Oro; Anacreónica

**Title**

Review of: *Anacreón castellano*, de Francisco de Quevedo, edición crítica y anotada de Elena Gallego Moya y J. David Castro de Castro, A Coruña, SIELAE, 2018. ISBN 978-84-09-07700-7, 561 páginas.

**Abstract**

This is a review of the critical and annotated edition of the *Anacreón castellano*, by Francisco de Quevedo, published by SIELAE (2018).

**Keywords**

Francisco de Quevedo; Anacreon; Greek Poetry; Anacreontics; Humanist Translation; Spanish Literature 17th century





El *Anacreón castellano*, compuesto por Francisco de Quevedo alrededor de 1609, tuvo que esperar ciento ochenta y cinco años para llegar a la imprenta por primera vez. Era el año 1794 y salió a la luz en las prensas de Antonio de Sancha, Madrid, con el mérito de haber sido publicado como texto independiente en tiempos en que se había perdido el gusto por la poesía del siglo anterior. A partir de entonces solo se pudo leer en ediciones de obras completas de Quevedo (Florencio Janer, 1877; Fernández-Guerra y Menéndez Pelayo, 1903; Astrana Marín, 1932; Felicidad Buendía, 1967). Precisamente en uno de los volúmenes de las *Obras completas* de Quevedo se produjo su siguiente aparición en 1981 a cargo de José Manuel Bleca, pero esta vez con el primer aparato crítico de su descolorida recepción literaria. Ahora, pasados unos cuatrocientos diez años desde que fuera escrito, tenemos al fin entre las manos una edición crítica e independiente del texto a cargo de Elena Gallego Moya y J. David Castro de Castro, publicada por la SIELAE, A Coruña, con fecha de 2018. La espera ha sido larga, pero ha valido la pena.

Antes de ofrecer un panorama de los excelentes méritos y aciertos de esta edición crítica y anotada, interesa reflexionar un poco sobre el porqué de esta histórica tardanza. El *Anacreón castellano* de Quevedo, como es sabido, solo circuló por vía manuscrita en los siglos XVII y XVIII. Solo el mercado

interés por la poesía de la antigüedad y la tradición clásica explica la publicación de estos versos traducidos a finales del siglo XVIII. Y es quizá por ello, por ser traducciones, donde reside el poco interés que generara esta colección entre críticos e intelectuales en las décadas siguientes, hasta entrada la segunda mitad del siglo XX. Fue entonces, con el desarrollo alcanzado por los estudios de traducción, cuando se comenzó a entender el proceso de traducción de textos en toda su complejidad, no como ejercicio derivativo y servil, sino como acicate creativo e intelectual, en particular en el Renacimiento y el Barroco.

Si a ello le añadimos el evidente olvido de textos y autores españoles auriseculares en muchas de las publicaciones dedicadas al humanismo europeo, el cuadro de abandono del *Anacreón castellano* termina de perfilarse. Su ausencia se hace notar, por ejemplo, en el estudio fundamental de Patricia A. Rosenmeyer *The Poetics of Imitation: Anacreon and the Anacreontic Tradition* (Cambridge y New York: Cambridge University Press, 1992). En otra magnífica colección de trabajos más recientes sobre la huella de la poesía anacreóntica, a cargo de Manuel Baumbach y Nicola Dümmler, *Imitate Anacreon!: Mimesis, Poiesis and the Poetic Inspiration in the Carmina Anacreontea* (Berlín: De Gruyter, 2014), tampoco figura ni una breve referencia al texto de Quevedo —ni a la traducción del también español y contemporáneo de Quevedo, Esteban Manuel Villegas—.

El objetivo manifiesto de la presente edición de quinientas sesenta y una páginas y más de seiscientas notas al pie —“ofrecer correctamente los textos clásicos (también cristianos y humanísticos) que en ella aparecen y localizar su procedencia” (95-96),— simple en su pronunciamiento, es monumental en su ejecución. No por gusto, confiesan los editores, el acicate de la edición procede del interés de la profesora Francisca Moya Baños por los clásicos en la obra de Quevedo, tema al que le ha dedicado varios trabajos de gran relevancia. El aparato crítico del libro está compuesto de tres grandes bloques: un prefacio al lector y una extensa introducción dividida en cuatro secciones, con sus respectivos apartados; la edición del texto de Quevedo; y varios apéndices. El extenso aparato introductorio dividido en cuatro secciones: “Las Anacreónticas”, “Quevedo y su *Anacreón castellano*”, “Redacción y transmisión del *Anacreón castellano*” y “Nuestra edición”, dedica un centenar de páginas a contextualizar la traducción de Quevedo dentro de la extensa historia editorial de la poesía anacreóntica y a argumentar con todo lujo de detalles los criterios de edición seguidos. Insisten Elena Gallego y David Castro en que el enfoque adoptado y su aportación se hace más desde la Filología Clásica (113) que desde los estudios auriseculares. En ese sentido, tiene la virtud de ser una edición que arroja luz sobre los clásicos que manejara Quevedo para invitar a los

quevedistas, como bien puntualizan los editores, a ofrecer un mayor análisis que permita entender mejor esta obra dentro de la producción de Quevedo (13). De ahí que los diversos apartados de la “Introducción” resuman de manera ejemplar las principales cuestiones relacionadas con el texto.

Uno de los mayores aciertos de este libro es su apuesta por el multilingüismo y el paneuropeísmo, tan esencial en los tiempos de Quevedo como hoy en día. Para la historia de la particular transmisión de estos poemas griegos atribuidos a Anacreonte, poeta griego arcaico que celebró los placeres del vino, los banquetes y el amor, remitimos a la introducción y, en particular, al apartado bibliográfico del libro. Solo señalaremos brevemente que la gran eclosión de lo que se ha llamado poesía anacreóntica, es decir, la colección de odas atribuidas a Anacreonte, se debe al humanista, editor y traductor francés Henricus Stephanus (Henri Estienne), que publicó en París en 1554 el código griego con comentarios, acompañado de la traducción latina de varias de las odas griegas. Para Quevedo y la gran mayoría de sus contemporáneos, como los poetas franceses de la Pléyade, Pierre Ronsard o Remy Belleau, por ejemplo, o los ingleses Thomas Stanley y Abraham Cowley, el escocés George Buchanan o el alemán Friederick Taubmann, las odas eran del poeta griego y no, como se llegó a saber con certeza en el siglo XIX, un conjunto de composiciones de época bizantina en imitación de Anacreonte, compuestas desde el siglo IV a. C. hasta el siglo VI. d. C.

A partir de la *princeps* se suceden las reimpressiones de este texto, que se verá acompañado en 1556 de una traducción latina de Helias Andreas y, en 1597, de otra de Elhard Lubinus. A raíz de estas publicaciones, la fascinación y encanto por estas composiciones produjeron decenas de imitaciones, paráfrasis, traducciones y adaptaciones en latín, inglés, francés, italiano, español, portugués y alemán en toda Europa. La labor de Quevedo se enmarca entonces en un contexto europeo; su aprovechamiento del conjunto poético no difería del que hicieron poetas y escritores de la Europa de su tiempo, aunque en su caso particular, movido por hacer alarde de erudición, añadiera sus comentarios filológicos, interpretara pasajes a su gusto o refutara muchas de las observaciones del editor de la *princeps*.

Es precisamente en la anotación de estos comentarios de naturaleza ecdótica, filológica o moral —tanto los de Stephanus como los propios de Quevedo—, que se evidencia la enorme labor de los editores; el número de autores griegos o latinos que cita expresamente Quevedo es impresionante, como lo es también el cuidado de los editores en señalar las fuentes y, en la medida de lo posible, la edición que pudo haber consultado o leído Quevedo. Es de destacar la útil y detallada descripción paleográfica de los nueve manuscritos existentes del *Anacreón castellano* y su procedencia: cuatro de

la Biblioteca Nacional de España, y los demás de la Biblioteca Pública de Évora, el British Museum de Londres, la Biblioteca Nazionale di Napoli, la Biblioteca de la Fundación Bartolomé March y la Biblioteca de Castilla-La Mancha. Tan solo la recensión, colación y análisis de los manuscritos y el trabajo de reconstrucción de las posibles redacciones autoriales del *Anacreón* representan un trabajo colosal que habla de la capacidad intelectual y de trabajo de sus editores. En el aparato introductorio, Gallego Moya y Castro de Castro también brindan un completo panorama de las ediciones anteriores del texto, desde la publicada por primera vez en la imprenta de Sancha en 1794, hasta la crítica de J. Manuel Blecua de 1981. Un desglose pormenorizado de estas ediciones, los manuscritos que usaron como base y sus virtudes y defectos, hace de esta sección un ameno viaje por la historia de la transmisión del texto. No está de más haber añadido también la traducción española de los tres epigramas liminares compuestos por Tribaldos de Toledo, Jerónimo Ramírez y Vicente Espinel en lengua neolatina, la primera de que tengamos constancia en español (135-138).

También declaran los editores haber pensado, en un inicio, seguir la edición de Blecua para depurarla y completarla, pero reconocen que, al adentrarse en el estudio de los múltiples manuscritos y sus variantes, tuvieron que descartar esa posibilidad. En lugar de basarse en el manuscrito empleado por Blecua, —lo que sin duda tuvo que haber multiplicado el tiempo de investigación y los desvelos editoriales— y ante el número de variantes de interés encontrado en los diversos testimonios, se decantaron por el Manuscrito de la Biblioteca Nazionale di Napoli (denominado por ellos “Manuscrito N”) que consideran el más completo y el que ofrece las mejores lecturas, sirviéndose de los demás para aclarar lugares difíciles y proponer otras lecturas en caso necesario. Una interesante conclusión que se desprende de este apartado es que el *Anacreón castellano*, excepto por el breve acercamiento crítico de Blecua, nunca antes había tenido una edición crítica y anotada. Recalcamos este hecho ya que la traducción de Quevedo tiene una autonomía que se presta para su publicación como libro independiente: consta de un aparato preliminar con nota al lector, una dedicatoria, epigramas laudatorios, una biografía de Anacreonte, y en el cuerpo del texto recoge el comentario de varias odas, dos fragmentos atribuidos al griego Anacreonte y un breve colofón. Sin embargo, la única edición independiente del *Anacreón* fue la primera, pero sin notas ni aparato crítico; y la única que ha tenido un aparato crítico, aunque breve, ha sido la de Blecua, pero publicada en uno de los volúmenes de las *Obras completas*. Hasta la edición de Gallego Moya y Castro de Castro no se había podido disfrutar de las odas castellanicas de Quevedo en forma de libro autónomo,

acompañadas de un excelente aparato crítico y de numerosas notas explicativas.

El lector que se enfrente a la lectura del *Anacreón castellano* en esta edición también disfrutará, según sus aptitudes lingüísticas, del texto griego y de las dos primeras traducciones latinas, la de Stephanus y la de Andreas, ambas consultadas por Quevedo para su traducción. Si quiere ampliar su estudio o realizar un análisis comparativo de las traducciones, puede, además, abrir una de las secciones del “Apéndice” y examinar la traducción latina de Lubinus y la francesa de Belleau, que también fueron consultadas por Quevedo, aunque en menor medida y, por ello, estratégicamente añadidas en el apéndice por los editores.

El diálogo que establece Quevedo no solo con el original griego, sino con las traducciones intermedias en lengua neolatina y francesa, hace de esta edición de Gallego Moya y Castro de Castro un rico texto multilingüe que integra el *Anacreón castellano* en el contexto paneuropeo de *imitatio* de las odas anacreónticas del que, como decíamos, muchas veces se excluye la contribución de España por desconocimiento o desidia. Pone de relieve, además, que el resultado de este dinámico ejercicio, marcado por la paráfrasis, lleva a Quevedo a producir poemas originales de gran variedad y calidad poética. La inclusión no solo de varias traducciones neolatinas o francesas, sino de las explicaciones en las notas al pie de las ediciones que pudo haber utilizado Quevedo, o sus errores de lectura o inadvertencias al transcribir del latín, nos acercan al quehacer de un humanista del XVII que ponía a su servicio todo el caudal filológico del que podía echar mano para la composición de sus obras.

Pongamos un ejemplo que sirva para entender en su medida la utilidad de esta edición de Gallego Moya y Castro de Castro para filólogos, poetas, traductores, siglodeoristas o lectores de poesía. Si queremos acercarnos a la Oda XIX de la paráfrasis quevediana, tendríamos que revisar el índice y abrir la página 256 de la edición. Allí encontraremos el texto griego seguido de las versiones latinas de Andreas y Stephanus. Se aclara, en corchetes, que la misma corresponde a la número 2 en el manuscrito de Stephanus, y también se nos da su ubicación, en nota al pie, en las dos ediciones latinas de Stephanus y Andreas que manejara Quevedo. En las páginas siguientes se ofrece la versión parafrástica compuesta por el español con los comentarios filológicos del autor a esta oda. Indican los editores que en esta ocasión Stephanus no ofrece comentarios y que solo hay de Quevedo, debidamente anotados por ellos. Quevedo cita, por ejemplo, un texto de Virgilio, que los editores ubican en la edición plantiniana de 1575 que pudo haber usado. Las notas aclaran que en el texto de Virgilio se lee *atque* y que en Quevedo *et*, lo cual parece tratarse de un error por parte del autor. Por

último, ubican una referencia a Francisco de Aldana que figura en dichas notas y ofrecen unos breves datos de este autor que sirven para aclarar el comentario de Quevedo (258).

La rectificación de citas antiguas o de algún que otro *lapsus calami*, algo común en una época en que la más de las veces se extraían de polianteas o se citaba de memoria, es otro de los logros de esta edición. Pongamos como ejemplo la nota 263: “El comentario de Scaliger no es sobre la obra *De historia plantarum*, sino sobre otro tratado botánico de Teofrasto, titulado *De causis plantarum*. Quevedo aquí se confunde” (193); o la nota 325: “Quevedo se confunde y escribe ‘Dafni’ (‘Dafnis’ es el nombre del pastor virgiliano) en lugar de ‘Delfis’, que se lee en Teócrito...” (218); o, por último, la nota 659: “Cf. Propertius (1559:19) En esta edición de Muretus, como en otra ediciones, se lee: *igni* (v.17) y *est* (v.18); Quevedo copió, por error, *igne* y *sunt*, como muestran todos los manuscritos, sin excepción. Son fallos habituales en su escritura (en el primer caso, cambio de vocal e/i; y en el caso de *sunt*, este plural debió de surgir por estar al lado de *haec*, que habría entendido como plural...” (420). Notas de este calado, tan necesarias para entender el proceso de composición de las odas y sus múltiples fuentes, hacen de esta edición un instrumento de trabajo indispensable no solo para los lectores del *Anacreón*, sino también para los estudiosos de la obra de Quevedo o de otros autores del seisciento

De ahí la importancia del glosario de nombres propios (mitológicos, épicos, geográficos, etc.) y el índice onomástico que ofrecen los editores en el “Apéndice”. En el índice onomástico son decenas los nombres que se recogen, en particular los de autores griegos, latinos y españoles, a los que se le dedica un brevísimo retrato biográfico. Para el lector o estudioso que quiera indagar más sobre la recuperación de estos antiguos por parte de Quevedo o de otros autores renacentistas o barrocos, esta sección sirve como provechoso punto de partida. Otros apartados —un aparato crítico negativo de los manuscritos, las dos traducciones latinas mencionadas, una bibliografía de los siglos XVI al XVIII y otra moderna— completan el “Apéndice”. En la primera sección bibliográfica, la de los siglos XVI y XVII, se encontrarán esos textos clásicos o renacentistas que pudo haber consultado Quevedo, ya porque los tuviera en su biblioteca, los estudiara en las de algunos de sus amigos o mecenas o porque fueren los que se editaran en España o más se importaran desde otras ciudades europeas. La bibliografía moderna, por su parte, recoge todos los trabajos que se relacionan con la poesía anacreóntica en general, sus traducciones, los estudios helénicos en España y con el *Anacreón castellano* en particular.

Todo aquel que se haya acercado a este texto de Quevedo alguna vez reconocerá entonces en esta sección la referencia a un trabajo de Sylvia

Bénichou-Roubaud de 1960 en el cual, retomando una opinión de fines del siglo XVIII, ponía en tela de juicio el conocimiento del griego por parte de Quevedo. Es una cuestión a la que los editores dedican un pormenorizado recorrido en la “Introducción” (35-39), ofreciendo un preciso catálogo de los estudiosos que han tratado el tema desde uno u otro punto de vista. Destacan en este apartado, y en la bibliografía, los trabajos de Francisca Moya del Baño, desde la óptica de la literatura clásica, y los de Lía Schwartz desde la de los estudios áureos, esta última autora de los trabajos que mejor han sabido contextualizar este rebrote de la poesía anacreóntica en las letras españolas dentro de las prácticas de la *imitatio* renacentista.

No cabe duda de que entre de los objetivos de Quevedo, además de hacer derroche de erudición humanística, estaba dar a conocer a España a aquel autor griego, defendiéndolo de acusaciones inmorales para poder trasladarlo sin censura al castellano de su tiempo. La edición multilingüe de Gallego Moya y Castro de Castro nos remite al taller poético de un escritor del seiscientos que, como sus demás congéneres europeos, no reducía la traducción a un mero ejercicio de traslado de una lengua sino que se regía por los cauces de la *imitatio*, sirviéndose de múltiples traducciones intermedias para llevar a cabo su empresa sin que ello fuera señal alguna de desventaja filológica ni de insuficiencia lingüística. Que Quevedo mencione, además, a humanistas de la talla de Erasmo, Daniel Heinsius, Julio César y José Justo Escalígero, Marc-Antoine Muret y Silvius Ambianus, y a otros de la casa como Francisco de Rioja, Luis Tribaldos de Toledo y el gramático Rengifo, es una muestra más de que su empresa es europea, por lo que su paráfrasis ha de ser tenida más en cuenta a la hora de evaluar el impacto de la poesía anacreóntica en el continente.

Nos encontramos sin lugar a duda ante el mejor texto de referencia del *Anacreón castellano* tanto para el hispanista interesado en la poesía áurea como para el comparatista interesado en los estudios de traducción que busque profundizar en la poesía anacreóntica española, en sus vínculos con otras literaturas nacionales, o en la poesía neolatina de la Europa del Renacimiento. Pasarán sin duda muchos años —aunque ojalá no los más de cuatro siglos que hemos esperado— antes de que tengamos entre las manos otra edición autónoma, crítica y anotada del *Anacreón castellano* de Quevedo de la calidad de la que nos ofrecen ahora sus editores. Esperemos también que su doble publicación, tanto en formato digital en los Anexos de esta revista como en papel, anime a los estudiosos extranjeros de la poesía anacreóntica renacentista a integrar este significativo rebrote del género en lengua española en el marco intelectual del humanismo europeo.